

¿Dios es vegetariano? O de cómo intentar vivir el Evangelio hoy, como seglar, como familia, como mujer

*MERCEDES MÁS SOLÉ**

Me presento: me llamo Merche. He pasado ya los cuarenta, soy madrileña y he trabajado como maestra durante siete años en la periferia de Madrid. Desde hace doce vivo en las afueras de Milán con mi marido Guido (italiano) y con nuestra primera hija, Irene, de nueve. La segunda, Rosy, todavía no la conocemos. Tiene seis años y partiremos a buscarla dentro de unos meses. Está esperándonos en un orfanato de la India. Hoy nos sentimos un poco como embarazados virtuales.

Quisiera contaros algunas pistas de mi/nuestra búsqueda creyente, conscientes de que nada de lo que hemos aprendido es mérito nuestro. Nos lo ha enseñado mucha gente: la comunidad cristiana, algunos libros (uno bastante gordo y difícil...), algunas experiencias importantes, Jesús (el de Nazaret) y sus amigos... en fin, que todo ha sido un regalo. A nosotros nos ha tocado descifrar, perseverar, querer entender lo que nos tocaba vivir, poner en juego nuestros talentos. Como dice Frère Roger, prior de la comunidad ecuménica de Taizé: «No te preocupes por vivir todo el Evangelio. Tú intenta vivir aquellas

* Maestra y madre de familia. Formadora en proyectos de educación para la no-violencia. Milán.

palabras que hayas comprendido». Pues eso, yo quisiera contaros las palabras que en estos cuarenta años de vida he podido comprender del Evangelio.

I. LUCHA Y CONTEMPLACIÓN

Era joven yo (18 años), buscadora incansable, hiperactiva, *scout*, soñadora de revoluciones, enamorada de héroes no violentos, acostumbrada a correr, hacer, decidir, organizar... y me subí a un autocar que tenía como meta Taizé, etapa obligada para buscadores de Dios. Poco imaginaba yo que la palabra que iba a aprender era *contemplación*. A los que nos queremos comer el mundo a fuerza de campañas, acciones, marchas, protestas, proyectos... nos cuesta mucho rezar, y más en ese modo que te pide que te calles para que Otro tome la Palabra, que te descalces, que te dejes hacer, que no cuentes sólo con tus fuerzas... La oración ha sido mi primera cura de humildad.

El binomio Lucha y Contemplación, *Ora et Labora*, me fascinaron desde el principio, me parecieron una receta utilísima para la salud mental y religiosa, y han encontrado un espacio en mi vida, en mi psicología. He aprendido a llevar la oración a los momentos importantes de mi historia, a nuestros compromisos y acciones, a nuestra familia. Y he aprendido a llevar la vida y la historia a la oración, en forma de alabanza, de compasión, de perdón. San Alfonso de Ligorio decía que sus hermanos tenían que vivir seis meses al año como misioneros y seis como contemplativos. Reconozco una gran intuición detrás de este consejo. Yo, sin embargo, sé que no duraría más de una semana en contemplación, y en cambio me considero un tipo de contemplativa en la acción. Durante estos años la oración ha pulido algunas zonas de mi interior y siento Su presencia durante mis días. La siento como el protagonista del Violinista en el Tejado, que hablaba con Dios en voz alta mientras caminaba junto a sus bueyes. Yo no hablo en voz alta (me da vergüenza, sobre todo en el metro), en todo caso canto, pero siento que Él está ahí cerquita, dentro de mí. Yo no quiero elegir entre Marta o María. Sé que ambas reflejan mi modo de creer y las quiero para mí.

¡Ah!, aún una cosa sobre la oración. Antes de leer un texto de A. Torres Queiruga mi forma más frecuente de rezar era la intercesión. Como dice Andrés, parecía como si quisiera sacar lo mejor de Dios para remediar los sufrimientos del mundo. Después de leerlo (*Creer de otra manera*. Ed. Sal Terrae) he comprendido una cosa. Que es Dios quien hace todo lo posible para sacar lo mejor de mí, de nosotros, para salvar el mundo y no al revés. Fruto de esta nueva visión de Dios mi oración se ha transformado. Ahora casi sólo consigo decir: «*gracias*» y «*aquí estoy, por si sirvo*». Ya sé que es poco, pero nace en mi corazón.

II. COMUNIDAD Y COMUNIDAD DE VIDA: palabras proféticas

Fue cuando dejé el ambiente protegido del colegio religioso cuando me sentí desvalida y me puse a buscar por todas partes gente sensata con la que vivir mi fe. No encontré nada en mi parroquia y caí por el Perpetuo Socorro de Madrid, lugar donde durante más de diez años he aprendido a vivir la fe en la comunidad de los amiguetes de Jesús. La comunidad cristiana para mí es el lugar del milagro constante, el lugar de la multiplicación de los panes y de los talentos. Es el lugar de la corrección fraterna y de la celebración. En ella es más fácil descubrir el sentido de la historia que estás viviendo, es más fácil crecer dando y recibiendo estímulos y modelos de vida evangélica, es más fácil levantarte cuando te caes... En la comunidad, como dice Freire, nadie salva a nadie, nos salvamos todos juntos. Y de todo esto que puede sonar a teoría, yo doy testimonio de que es cierto. Y lo sigue siendo en la pobre comunidad cristiana donde ahora vivimos, aunque las condiciones sean distintas. En nuestras comunidades cristianas Guido y yo hemos aprendido a rezar, a hacernos preguntas sobre la política, la moral, la violencia, la justicia, la fe..., a ponernos en juego en compromisos y acciones concretas, a sentirnos corresponsables de nuestra Iglesia, y a muchas otras cosas.

Uno de los regalos más hermosos que nuestras dos comunidades nos han hecho fue el día de nuestra boda. Saber que puedes apoyarte en tus hermanos porque se van a encargar de todo: de acoger en sus casas a nuestros invitados que llegaban de lejos, de preparar la preciosa liturgia, la merienda, las danzas, la fiesta... para que sea un verdadero sacramento de la vida y no un «bodorrio», ha sido la expresión más evidente del amor compartido durante años. Puedes pagar una boda elegante, bonita o sencilla, pero no te puedes comprar una comunidad que te sostiene y con sus gestos te ayuda a expresar lo que quieres vivir. Eso sólo te lo pueden regalar y es fruto de años de compartir.

La comunidad parroquial es una cosa. Pero la Comunidad de Vida es otra y ésta ha sido una de las experiencias que me han marcado más en mi historia.

Como buena peregrina que soy, una de mis aficiones favoritas ha sido siempre la de visitar comunidades. Un poco por «gorroneo» (cuesta menos que los hoteles), pero sobre todo por la enorme admiración que me han provocado siempre las personas que se atreven a desafiar el destino al que parece abocado todo ciudadano normal de clase media: casarse, comprar casa para su familia, comprar coche, pagar letras, tener hijos, trabajar muchísimo fuera de casa, comprarse uno o dos móviles, prepararse un plan de pensiones, esperar que los hijos no te metan en una residencia... Y no porque para ser un buen cristiano haya que ser un héroe de Greenpeace o un ermitaño. Pero yo siempre he sentido una vocación fortísima para la vida comunitaria (no sé si la Iglesia contempla esta vocación...) y siempre me ha fascinado la gente que, creyente o no, decide compartir la vida (no sólo las ideas, no sólo un poco de tiempo para el voluntariado...) con otros y buscar juntos modelos que ayuden a ser más felices y mejores. Modelos de vida que sean luz para otros como lo han sido para mí.

Y así fue. Mi primera experiencia de comunidad de vida urbana empezó después de visitar las comunidades del Arca, de Taizé y algunas más. He tenido la suerte de compartir seis años de mi vida con una panda estu-
penda

de cristianillos-noviolentos-austeros-ecologistas, provenientes del Perpetuo Socorro. En dos pisos contiguos de un barrio de Madrid hemos podido compartir nuestros sueldos, la oración en la pequeña capilla de casa, los compromisos parroquiales y políticos, la revisión de vida, los conflictos, las decisiones... Aunque por distintos motivos la experiencia terminara, la evaluación fue muy positiva. Y me atrevo a decir que, al igual que todo cristiano pasa por la catequesis, creo que debería pasar un año o dos de su vida por la experiencia de la vida comunitaria. Porque es una escuela de evangelio, de lucha y contemplación, de regulación de conflictos, de fraternidad, de sobriedad, y de mil otras cosas que se me escapan. Sigo sin entender por qué las congregaciones no cuidan más este aspecto, que queda ahí como improvisado, descuidado, cuando es uno de los signos visibles del evangelio. (Y no hablamos ya de los curas diocesanos: ¿por qué no viven en comunidad con algunos laicos?).

Decía que ésta había sido mi primera experiencia de vida comunitaria y que la segunda... ¡ya veremos! Pues sí, ya lo vamos a ver, porque la segunda la queremos vivir en familia, lo cual requiere un modelo distinto del de la «comuna». Desde hace un año nos preparamos junto a un grupo de parejas para un proyecto de comunidad familiar que en Milán se está difundiendo muchísimo. Se construyen o reconstruyen apartamentos para cada familia con un espacio en común para todas. Se comparten los sueldos y a final de mes cada familia recibe un cheque en blanco donde pone la cifra que necesita. Nadie conoce lo que los otros gastan. Además, la comunidad sostiene proyectos sociales y la acogida de personas en dificultad. Bruno Volpi y su mujer Enrica, que son los impulsores de este tipo de comunidad (o como ellos lo llaman, «pacto de ayuda mutua»), dicen que quien va a vivir allí es porque cree que su calidad de vida mejora, no lo hace por sacrificio o por servicio. Ser felices es el mejor servicio a la sociedad. Ellos, que saben que nunca tendrán pensión de vejez, han invertido sus energías en crear una red de ayuda en la cual *«los demás me ayudarán en mi vejez, ellos son mi plan de pensiones, como yo lo soy para otros»*. Dice también Bruno Volpi que a él le dan mucha rabia las asociaciones de padres de hijos

minusválidos que se organizan para preparar un futuro a sus hijos para cuando ellos no vivan, las asociaciones llamadas «Después de Nosotros». ¿Por qué tiene que ser «después de vosotros»? ¡Sed felices ahora! Ahora y con vosotros es cuando es necesario invertir energías en crear una red en torno a vuestra familia, para que entre todos nos hagamos cargo los unos de los problemas de los otros. ¿Y no es puro Evangelio todo esto? ¡Y eso que no son ni siquiera comunidades confesionales!

No soy ingenua y, por lo poco que he estudiado la Biblia, sé que en la comunidad de los primeros cristianos no todo eran rosas y flores. Aun así, yo deseo vivir esa parábola, con sus conflictos y virtudes, y siento que el tema comunitario es profético para la Iglesia y la sociedad, ahora que parecen muertas las ideologías salvadoras. No nos queda otro remedio que salvarnos mutuamente y junto a nuestro Dios. Pues eso es lo que yo quiero vivir, para mí y para mi familia. Esa es mi vocación (bueno, una de ellas...).

III. FUI EXTRANJERO Y ME ACOGISTEIS

En 1989 me fui a vivir a Italia, con mi marido. En pocos meses cambié de país, de trabajo, de amigos y de estado civil. El primer momento de desenraizamiento lo recuerdo con sufrimiento. Después de treinta años de estudios, trabajo, comunidades, viajes, lenguas... en mi nueva situación yo no era nadie para el colectivo donde vivía. A nadie parecían interesarle mis maravillosas ideas, experiencias, conocimientos... nadie me esperaba ni me buscaba, no era necesaria para nadie. Me di cuenta de que tenía que «nacer» para aquellas personas, tenía que construirme una identidad. Yo aún no existía para ellos. Con tiempo y esfuerzo me empecé a meter en los colectivos del barrio, ofreciéndome para echar una mano. En la parroquia el pobre cura huía de mí, de mis propuestas, de mi necesidad de hacer cosas, de ser útil... Ser útil me parecía un modo de existir para alguien, en espera de otra identidad. No fue fácil pero poco a poco encontré mi lugar y me tranquilicé un poco. Ser madre y tener ocupado el día, hizo el resto.

Un día en la plaza de nuestro pueblo conocí a una mamá con carrito. Empezamos a hablar y me enteré de que Manuela, así se llama, venía de Egipto. Llevaba dos años en mi pueblo y casi no hablaba italiano, ¡porque no tenía amigas con quien hablar! Me contó que había dado a luz con cesárea y que nadie la ayudó mientras, recién operada, tenía que ocuparse del niño y su marido trabajaba. Yo escuchaba con dolor dándome cuenta de que el pequeño desierto que yo acababa de atravesar no era nada comparado con el desierto verdadero que atraviesan los inmigrantes. Que yo era una privilegiada y que ya estaba bien de lamerme las heridas. Me daba rabia saber que ella, a pocos metros de mi casa, necesitaba una mano que para mí era vital poder ofrecer y dar. Y me preguntaba cuántas situaciones análogas estaban ocurriendo hoy mismo y nadie lo sabía, nadie establecía una conexión útil. Creo que fue en aquel momento cuando decidí aprovechar mi nueva condición de extranjera y madre para conocer y convocar a gente sola. Por un lado necesitaba crear una red de relaciones en torno a mi familia, por otro me sentía privilegiada para hacer de puente entre los lugareños y los inmigrantes.

Iniciamos entonces un ritual que hace ya siete años que se repite. Una vez al mes comemos en casa de una de las extranjeras del barrio. Por turno cocina una de nosotras, y entre manjares hindúes, albaneses, senegaleses, marroquíes, españoles... han nacido amistades y una red de información y ayuda mutua. Ha nacido también una escuela de italiano para extranjeros en la parroquia, en colaboración con Cáritas. Y una vez al año todas las familias que poco a poco conocemos (en este momento unas treinta) cocinan sus platos para más de 100 lugareños en lo que llamamos la Cena de la Solidaridad. Entre músicas, vestidos tradicionales, platos multiétnicos y bailes se intentan cambiar por un día los papeles: los extranjeros no son los que vienen a pedir sino los que acogen y ofrecen una parte de sí mismos a sus vecinos.

Creo que nunca antes de irme a Italia había entendido la frase: «fui extranjero y me acogisteis». Es cierto que algunas palabras consigues aprenderlas

cuando pasas por ellas. (De hecho creo que aún no he entendido muy bien la que habla de la ayuda a las viudas, pero ¡no tengo prisa por entenderla!)

IV. MADRE NO HAY MÁS QUE UNA

Otro pretexto para crear redes sociales (mi párroco lo llama pastoral familiar indirecta) donde vivimos ha sido mi condición de madre de familia. No es difícil descubrir que a la salida de la escuela infantil, sobre todo en los primeros meses, cada niño se va a su casa sin relacionarse con los otros. Que hay una especie de pudor en reconocer que se está solo (con todo lo que eso significa en un mundo donde a menudo trabajan ambos cónyuges), que se querría tener amigos y que no se sabe cómo iniciar una relación, y mucho menos cómo pedir ayuda. Pensé que podía ser una buena idea invitar a mamás, papás o abuelos con respectivos niños a merendar y a jugar a la salida del cole. La respuesta tardó poco en llegar. Hoy ya no hay una tarde sin plan y a menudo nos ayudamos entre familias cuando nos necesitamos.

Otra idea fue la de organizar, en colaboración con las maestras, talleres de manualidades y merienda en el cole una vez al mes para «papás con niños» (bueno, sobre todo mamás, tatas o abuelos). Durante dos horas, después de la escuela, en el jardín o dentro si hace frío, realizamos objetos con materiales pobres para vender en el mercadillo de fin de curso. No es una idea increíble, pero muchas amistades han nacido entre la cola y el papel. Y a ello se han añadido iniciativas como el grupo de papis que hacen teatro para los niños, el grupo de mantenimiento de la escuela que decora los pasillos o arregla las lámparas... El milagro que he visto (aunque no sea aún reconocido por la Iglesia católica) es que los padres dejan de quejarse por las cosas que no funcionan, de criticar desde fuera, y se arremangan para contribuir a la mejora de la calidad de la vida. Que la escuela deja de ser un aparcamiento para empezar a ser un poco más casa común. Que algunos papis dejan de preocuparse sólo de «su niño» (si me come o no me come)

para empezar a preocuparse de la comunidad educativa. ¡Y eso es un milagro, no me digáis que no!

V. HACIA UNA ECONOMÍA DE JUSTICIA, DOMÉSTICA

A menudo ante las injusticias del mundo, sufrimos el síndrome de impotencia adquirida; nos pasa a todos. La globalización de la economía y de las finanzas, el desequilibrio norte-sur, las nuevas esclavitudes, la explotación de la mano de obra infantil, el turismo sexual... nos resultan problemas tan grandes e inaccesibles que a menudo la tentación más fuerte es la de apagar la televisión o cerrar el periódico. Es cierto que no es fácil sentir que podemos hacer algo para cambiar el mundo.

Una frase del sacerdote católico italiano Alex Zanotelli, que vive en los basureros de Nairobi, nos ha iluminado: *«Recordad que cada vez que entráis en un supermercado o en un banco (los templos modernos), estáis votando. El consumidor del norte tiene un gran poder en sus manos, el de elegir qué modelo de economía y de sociedad quiere sostener»*. Esta frase nos ha impulsado en los últimos años para buscar modelos económicos coherentes con nuestra moral. Si intentamos que en todos los ámbitos de nuestra vida podamos responder a la pregunta: ¿dónde está tu hermano? Pues también «en nuestro bolsillo».

Algunas pistas parecen evidentes: la sobriedad en el estilo de vida, por responsabilidad y por la certeza de que es más fácil vivir con menos cosas (se tiene menos miedo a perderlas); el aprender a hacer las cosas con nuestras manos; el perder el tiempo cocinando pan y haciendo las conservas, los regalos...; el trueque, el préstamo, el reciclado, para salir del círculo vicioso del consumo... No es fácil, sobre todo si tienes hijos. Los hijos son el pretexto perfecto para renunciar a reducir nuestro consumo: ¿cómo vas a negar a tu hijo lo que todos tienen? Pero no es imposible.

Guido y yo hemos decidido vivir con un solo sueldo (que no coincide con una sola ocupación) mientras nos lo podamos permitir. Alguien nos podría decir: «qué listos; si os lo podéis permitir, no tiene mérito». Y es cierto. Tal vez muchas parejas quisieran hacer una opción parecida y no se lo pueden permitir. Pero sabemos de muchísimas más que, pudiendo, no lo toman ni siquiera en consideración. Por un lado es una suerte poder elegir. Por otro, nosotros renunciamos a un nivel de vida más alto que nos podríamos permitir y no queremos. Se trata de decidir dónde poner el listón, dónde invertir tu tiempo y dónde tu dinero.

Otra pista: el consumo crítico. Ser consumidores críticos exige una dosis importante de información y de contrainformación, para poder elegir comprar lo que nos dé más garantías de justicia en la producción, de relación laboral correcta, de calidad del producto... No sé si conocéis el libro *Rebelión en la tienda* (Centro Nuovo Modello di Sviluppo, Ed. Icaria). Ahí nos hemos enterado de cómo funcionan las grandes multinacionales, del poder concentrado en pocas manos (Philip Morris, Nestlé y otras más) y escondido bajo múltiples marcas, de las empresas que tienen comportamientos sindicales represivos o explotan la mano de obra infantil, de las que utilizan productos transgénicos, o tienen que ver con la venta de armas... Además de estar atentos durante nuestras compras cotidianas a estos criterios, hace ya años que algunos productos como el café, la miel, el azúcar, el té, el cacao... los compramos sólo en las tiendas del Comercio Justo. Hace hoy cinco años, junto a diez amiguetes creamos en nuestro barrio una cooperativa de comercio justo. Su presencia silenciosa recuerda a nuestros vecinos que la búsqueda de la justicia y la paz pasa por los comportamientos cotidianos, por el bolsillo, por poner un poco de atención y recordar que somos ricos, muy ricos.

Última pista: la finanza ética. Cuando te sobran dos pesetas te preguntas dónde meterlas, si debajo del colchón o en un banco. También sobre este tema nos hemos informado y el panorama de las inversiones es desolador: comercio de armas, empresas contaminantes, especulaciones... Por suerte en toda Europa se han puesto en marcha proyectos de bancos éticos. Nos

pasó el tren cerca cuando era hora de cogerlo y pudimos participar de la fundación de la Banca Ética Italiana. Nos sube la moral saber que con nuestras dos pesetas podemos impulsar los microcréditos, préstamos a pequeñas empresas y cooperativas a las cuales los bancos nunca se los concederían. Los criterios éticos con los que se prestan los capitales recogidos entre miles y miles de accionistas gozan de la mayor transparencia y participación de los socios. A la sombra de esta pequeña revolución económica muchos bancos se inventan los fondos éticos (declaran indirectamente que los otros no lo son...). Y aunque sigue siendo cierto que «hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece», tengo la certeza de que viendo crecer las redes de economía de justicia estamos viendo crecer un verdadero bosque mundial.

VI. ECOLOGISTA INTEGRALISTA, ASÍ ME LLAMA MI MARIDO

Así es como me llama mi marido cuando le pido que se lleve la bolsa al mercado para evitar que le den otra, que baje andando las escaleras para no utilizar inútilmente el ascensor, que riegue los tiestos con el agua de lavar la verdura, que no use suavizante... Y mi hija con cinco años le decía un día a mi madre al oído: «¿Sabes abuela? Mi mami ama a los pobres y a las plantas, pero creo que más a las plantas».

Ya sé que soy una pesada, pero me resulta imposible no hacerme cargo del impacto ambiental que tiene nuestro estilo de vida, inexorablemente primermundista. No soporto saber que yo, ciudadana media europea, produzco aproximadamente media tonelada de basura al año, sin preguntarme a dónde va a parar para que no me dé fastidio (seguramente al Tercer Mundo) y sin intentar evitarlo. No vivo con tranquilidad el saber que mi familia gasta sin darse cuenta, sobre todo si no pone atención, el 80% de energía mientras otras familias en el sur del mundo sobreviven o mueren con el 20%, poniendo muchísima atención.

Ahora voy a decir una barbaridad: Creo firmemente que si el Evangelio fuese escrito hoy, Jesús sería seguramente vegetariano, para evitar la tortura a los animales de cría intensiva (que son el 99% de los que nos comemos en el norte). Sería vegetariano para redistribuir los millones de toneladas de cereales que se comen los animales predestinados a nuestro consumo, entre los hambrientos. Lo sería por salud y por justicia.

Y estoy segura de que Isaías haría de la ecología su caballo de batalla y profetizaría la venganza de las vacas locas y de la tierra y las aguas contaminadas. Condenaría a los que están privatizando las aguas del mundo, considerándolas un bien económico y no uno de los nuevos derechos humanos. Acusaría a los que se enriquecen con el comercio de residuos tóxicos, con los que se lucran con los basureros y con el negocio del «usar y tirar». Estoy convencida de que Jesús llamaría la atención a los apóstoles por su dependencia del móvil y por ir en coche a todos lados, fomentando, sin darse cuenta, las guerras del petróleo. Seguro, me apuesto lo que queráis, que hoy Jesús iría en bici o en metro y detrás todos los apóstoles, para no quedarse atrás en un atasco.

Y yo, en mi pequeñez, no renuncio a plantar árboles, a reciclar, re-utilizar, ahorrar lo más posible, a ir en bici. ¡¡¡Aunque sea una pesada!!!

Tal vez busque espantar la angustia del futuro que nos espera. ¡Piensa globalmente, actúa localmente!

VII. ACOGER Y COMPARTIR

Mi marido y yo, junto a otras parejas de la parroquia, damos los cursos de preparación al matrimonio. A nosotros nos toca hablar del Modelo de Familia Abierta y contar algunas experiencias concretas. Desde hace algunos años hemos dejado de hablar a los novios de un punto que parecía provocar el efecto opuesto al deseado: las parejas se asustaban y de pronto todo lo

hablado hasta el momento perdía valor por ser considerado demasiado lejano y un poco «para locos». El tema era el de la *acogida de personas en dificultad*. En el imaginario colectivo de la clase media esta frase evoca suciedad, riesgo, inseguridad, enfermedad, droga, delincuencia, problemas... La verdad es que nosotros hemos tenido algo de suerte y pocos problemas. No recuerdo exactamente cómo empezó la cosa pero hoy forma parte de nuestra historia y de nuestra identidad.

Hace doce años, nos acabábamos de casar, cuando conocimos a Máximo y José, dos peruanos perdidos en Milán, que dormían en un vagón de la estación, en pleno invierno nevado. Nos preguntamos si podíamos hospedarles durante un tiempo y como aún no teníamos hijos, les ofrecimos ocupar la habitación vacía durante un mes. La experiencia fue tan hermosa que no les dejamos ir al final del mes. Pasaron casi seis meses con nosotros, nos cuidaron la casa y las plantas durante el verano y a la vuelta ya habían encontrado trabajo y alojamiento. Hoy viven con sus familias en un barrio de Milán, son personas felices e integradas.

Esa fue la primera vez que nos visitó Jesús (el de Nazaret). Y la verdad es que cuando viene a visitarte una vez, te resulta difícil cerrar la puerta, no sea que pase de largo... Después estuvieron quince días Manuela y su pequeño Mirko, cuyo padre entra y sale de la cárcel regularmente. Los mandaba la asistente social y esta vez durmieron en el cuarto de Irene, mientras ella, encantada, ponía una colchoneta y un saco en el suelo de nuestro dormitorio. Y luego Michele, con problemas psicológicos, y Giorgio, de Albania, Lucía de Bolivia... y otros que nos mandaba Cáritas. Todo esto repartido en 12 años de matrimonio, ¡no os creáis que tenemos todos los días gente en casa!

La última vez que nos ha visitado Jesús ha sido este invierno, cuando la última familia marroquí que había llegado al barrio fue expulsada de su casa por morosa. Me los encontré en medio de la calle y bajo la lluvia, cinco hijos y dos adultos. Y lo primero que se llevó el padre fue un buen

rapapolvo por no haber pedido ayuda a tiempo. A continuación nos los repartimos en las casas. Halima, Wafá y Naoual pasaron una semana en nuestra casa. Irene llenó su habitación de colchonetas. Del miedo y la timidez inicial vimos emerger tres personas encantadoras, alegres, disponibles, curiosas. Cada día nos hacían el pan, durante la cena aprendíamos palabras en árabe, castellano e italiano, la casa parecía un alegre campamento, Irene era feliz con sus nuevas «hermanas», fue una semana maravillosa de nuestra vida. Me sentía fatal cuando algunas personas nos compadecían o nos admiraban. No saben la suerte que es haber podido vivir esta experiencia. Los marroquíes tal vez habrían podido encontrar otra hospitalidad, pero nosotros, ¿cómo habríamos pagado todo lo que hemos aprendido, todo lo que nos han dado? ¿y la suerte de acoger a Jesús como Abraham a los ángeles? ¡Una semana con Jesús es un privilegio al que no queremos renunciar! ¿quién dice que Dios no existe? Es tan fácil verlo, está tan cerca....

VIII. LA NOVIOLENCIA DEL EVANGELIO

La Noviolencia es la palabra que más que ninguna me ha hecho comprender el valor del Evangelio, su incansable novedad y su conexión profunda con toda búsqueda de la justicia.

Hace más de 20 años que me acerqué a la noviolencia a través de testigos concretos, de libros, comunidades y entrenamientos. Creo que en el fondo, todo lo que he contado hasta aquí no es otra cosa que estrategia de noviolencia evangélica para un cambio social.

Me gusta mucho una provocación de Enrique de Castro cuando dice que Jesús no es Dios, y el hecho de que lo consideremos tal es la razón por la cual nosotros no nos sentimos capaces de hacer lo que él hizo, de crear, de transformar, de denunciar como él lo hizo, de hacer posible la utopía... Los santos pueden mucho, la Virgen muchísimo, pero nosotros somos impotentes y nos resignamos ante el mal o, lo más que hacemos es rezar para que

«intercedan» y así cesen la guerras, el hambre, el paro, la pobreza... Jesús no es superman, Jesús es hijo de un indio nacido en una de las favelas, pero es a la vez el signo de lo que todos los seres humanos podemos realizar en comunión con Dios, y por eso la carta de Pedro dice: vosotros sois dioses.

Ya sé que suena un poco herético pero esto es lo que la no violencia sociopolítica llama en inglés *empowerment*, o sea, recuperar el propio poder de actuar, salir de la resignación, descubrir los recursos, los talentos que poseemos y, junto a otros mortales, hacerlos fructificar, darles fuerza y poder. Es lo que Jesucristo llama *ser audaces ante el mal*. Porque ser no violentos no es ser pasivos, dejarse pegar, renunciar a defender a los débiles, aceptar la ley de la selva y las injusticias. Ser no violentos es ser eficaces, creativos, organizados, cooperativos (¡salvarse juntos!), decididos, asertivos... tener un proyecto bien concreto de sociedad.

En concreto, cuando me vine a vivir a Italia dejé mi trabajo de maestra y me busqué una nueva ocupación. Hace 11 años que trabajo para una asociación de educación para la paz (de esas que no pagan...). Junto a diez personas (ingenieros, profes, estudiantes, biólogos...) hemos hecho ese proceso de *empowerment* y hemos aprendido a promover proyectos educativos sobre la resolución de conflictos, sobre la intercultura, la cooperación, la lucha contra la mafia, la no violencia, el desarrollo sostenible... Nos hemos creído eso de que podemos cambiar el mundo y nos han llamado para formar a los NOVIOLENTOS que han protestado en Génova durante el G-8 (a los violentos juro que no sé quién los ha preparado, pero ya me enteraré...). Hace un año que hemos entrado a formar parte de la Red de Lilliput, una red italiana de 700 asociaciones eco-justo-pacifistas que se coordinan para ser más eficaces en las estrategias hacia un nuevo modelo de desarrollo global... (La imagen de los liliputienses que juntos inmovilizan al Gulliver de la economía de mercado es un buen ejemplo). Y también hemos conseguido abrir la Casa de la Paz en Milán, un lugar de referencia para quienes quieren informarse, formarse, organizarse, salir del síndrome de impotencia adquirido... junto a muchos otros.

La noviolencia nos ha ayudado a no leer el mundo como una película de buenos y malos, sino a buscar soluciones que «salven» también al adversario.

Tengo que decir, sin embargo, que con esta concepción a menudo nos ridiculizan, por ingenuos, los militantes de la política tradicional. Este año me presenté a las elecciones municipales de mi pueblo y me he dado cuenta de que la lógica, incluso en el ámbito democrático, es la de la guerra: *mors tua, vita mea!* Y no sólo ahí: es la lógica del mercado, de muchos ambientes de trabajo, de algunas relaciones dentro de la Iglesia (mi hermano ateo me dice cuando le cuento cosas de la parroquia: «¡Pero tú qué haces aún en la Iglesia católica con lo buena pastora protestante que serías!»). Para él es masoquismo, para mí es noviolencia activa). Estar en el ayuntamiento, inventando una oposición noviolenta y constructiva no es fácil, pero es un reto apasionante.

Hace unos meses, después de luchas internas de poder, mi ayuntamiento decidió hacer un aparcamiento sobre una zona arbolada que habíamos plantado algunos ciudadanos junto a chavales de la escuela hace seis años. Mi primer impulso ha sido el de resignarme. ¿Qué puedo hacer yo? Me ato a los árboles, llamo a todos los que plantaron para montar un pollo... A pesar de las protestas y de las cartas y carteles los árboles fueron cortados. Lloré como una Magdalena cuando vi el desastre y pensé que era el fin del asunto. Hoy he recibido una carta preciosa de una vecina frágil que nunca se ha movido para nada que me decía: «¿No es esto la señal de que ahora más que nunca necesitamos vuestros bosques? No renunciemos a seguir plantando».

A veces nos parece insignificante lo que hacemos y para alguien puede tener sentido. La noviolencia nos invita, como el Evangelio a interesarnos por lo que ocurre cerca y lejos de nosotros, a sanar lo que me toca al lado, sin olvidar que vivimos en el mundo. Por eso la noviolencia «que sana», como dice Bernhard Häring en su precioso libro, me parece otra palabra profética para nuestra Iglesia.

IX. FIN DE LA HISTORIA, O HASTA PRONTO

Bueno, pues hasta aquí la homilía de mi vida. Y quiero deciros, para terminar, que uno de los textos del Evangelio que más acompañan mis reflexiones es el de los talentos. Yo soy consciente de que hemos recibido muchísimo. De que somos ricos, super-ricos, en todos los sentidos. Y de que ahora nos toca dar, porque cuando llegue nuestra hora el Padre Bueno nos va a pedir, no mucho, muchísimo. Cuando digo esto mi marido se asusta y dice, «pero si estamos bien así, no quisiera arriesgarnos demasiado, no sea que perdamos nuestro equilibrio y todo lo demás». Y yo, dentro de mí, siento que Él no nos pide nada que no seamos capaces de dar.

Estas son la Palabra, las palabras que hemos comprendido hasta hoy, las que intentamos vivir cada día junto a nuestro Dios. Este otoño comprendemos alguna nueva palabra, cuando vayamos a buscar a nuestra pequeña Rosy. Estamos deseando aprender.